



EL HORMIGUERO Psicoanálisis ◇ Infancia/s y Adolescencia/s

EL INTRANSITABLE DUELO EN INFANCIAS

MARTA GEREZ AMBERTIN

martagerezambertin@gmail.com

El intransitable duelo en infancias

Nota Editorial

En el presente escrito la Dra. Gerez Ambertín produce valiosas consideraciones acerca de las particularidades de los procesos de duelo, en especial en las infancias. Su trabajo conceptualiza, siguiendo a Ariés entre otros autores, las variaciones actuales que se producen en los rituales, detallando los estragos que esto produce sobre la subjetivación de las infancias y la relevancia de la circulación de decires en torno a la muerte.

Palabras clave: Duelo; rituales; infancias; lo intransitable.

Editorial Note:

In the present work Dr. Gerez Ambertín produces valuable considerations about the particularities of the mourning processes, specially in childhoods. She remarks, following Ariés work, the present variations in death rituals remarking the ravages over subjectivation in infancies.

Key words: Mourning; rituals; infancies; the impossible to work on.

Resumen curricular:

Doctora en Psicología. Máster en Teoría Psicoanalítica. Post doctora en Psicología clínica mención en Psicoanálisis. Profesora Titular del Doctorado en Psicología de U.B.A. Directora de la carrera de Doctorado de Psicología de la Universidad Nacional de Tucumán. Investigadora de la UNT y evaluadora del CONICET. Docente invitada en carreras de Postgrado en universidades de Brasil y México. Autora de numerosos libros y publicaciones científicas en diferentes medios y formatos.

El intransitable duelo en infancias

“El adulto suele mentir a su hijo cuando muere un ser querido y piensa que no hablar de la muerte es hacer que esa muerte no exista para el niño. Confunde el dolor de la situación con la explicación de esa situación dolorosa. Cuando una madre, un hermano o un padre mueren sobreviene un gran dolor; pero hablar de la muerte no es generar el dolor: es aliviarlo, es ayudar a que el niño lo vaya elaborando”.

Arminda Aberastury

I - La muerte-espectáculo y el duelo imposible

El duelo y su correlato: la muerte... ¿qué decir de ellos hoy? En principio, ninguno de ellos debería ser un acto *sólo* individual. La muerte, como la vida, implica siempre a los otros: "Por eso, como gran paso de la vida, se celebra por una ceremonia siempre más o menos solemne, que tiene por objeto marcar la solidaridad del individuo con su estirpe y su comunidad". Acotemos que, ante nada, se trata de la solidaridad de la comunidad para con el muerto.

Sin embargo, Ariès demostrará que, en la actualidad, el ritual ya no es el mismo, el escenario de los adioses ha variado. Asistimos a un nuevo espectáculo, el de un *duelo invisible*, el de una presión por el acallamiento del entorno del muerto: no debe desgarrar, ni alterar, queda sin pena y sin sufrimiento; por supuesto, también sin significación. Al mismo tiempo, la muerte se pasea radiante en los *mass media* como un salvajismo que convoca a un goce no subjetivizado.

Esto provoca una paradoja en los adultos, y ¡qué decir en los niños! Engolosinan su goce desde la mirada de la máquina, sus héroes se despedazan, matan, mueren y todo ello en medio de un jolgorio de gritos que festejan lo "logrado" ¿será por eso que no atinan a un mínimo duelo cuando a su lado muere su mascota, un amigo, alguien de la familia, sus padres o sus hermanos? Los adultos participan y convocan a este duelo invisible, tratan de borrar las huellas de la pérdida, expulsan del saber la privación

acaecida, ofrecen rápidamente una ortopedia que "vela" el vacío de lo real; no sólo no hay velatorio, hay encubrimiento que impide el duelo. Esto no es sin consecuencias para el sujeto que, al impedírsele el duelo, se le impide, a la vez, subjetivizar la pérdida: *acting-out* extremos, pasajes al acto neuróticos y psicóticos y, a veces, otras patologías más severas son la consecuencia de este rechazo del saber sobre la muerte.

Con motivo de la pandemia del COVID la muerte de los seres queridos –tan poco ritualizada– se volvió más *invisible* que nunca. La prohibición de los funerales tuvo un efecto de *renegación* de la muerte y muy pocos hablaron con sus hijos e hijas por la muerte de algún familiar o amigo. Se reflató la conocida *se fue de viaje...* mientras los niños esperan ansiosos su regreso. Rechazo de saber sobre la muerte y la falta en los adultos, que repercute potenciando el rechazo de saber en los niños sobre la muerte del prójimo.

II - Duelo impedido y rechazo de saber

Sobre el duelo impedido e intransitable y el rechazo de saber traza Lacan su relación en el Seminario VI (1958-59) al emparentar la privación del duelo con la forclusión del Nombre del Padre en las psicosis. A su vez, en el Seminario X (1962-3) especificará: *"sólo se puede hacer duelo por aquel cuya falta fuimos"*.

Si tomamos esto último alguien en duelo queda como "causa perdida", como "alma en pena", como "bala perdida", como *"a en pena"*. Una "causa que ya no causa a nadie" es una "causa" que puede *desenmascarse en un puro real* y arrastrar al doliente tras ese *a* que *apena*, riesgo posible de falla en la operación de separación que puede derivar en la operación de sacrificio e inmolación al Otro del goce. Es decir, un sujeto en duelo es siempre un sujeto de mucha fragilidad subjetiva en tanto está expuesto al objeto como real: privación que supone falta en lo real de un objeto simbólico.

Es decir, en el Seminario VI y en torno al concepto de privación, Lacan ya adelantaba las hipótesis del trabajo del duelo, consistente en una particular forma de identificación con el objeto aun cuando no especificara que el objeto en juego es el objeto *a* como causa. Por esto el duelo es un trabajo de separación y al mismo tiempo de asujamiento con el objeto perdido, de consumir en una segunda vuelta (o tercera, o quinta) la pérdida, para sostener en detalle los lazos con el objeto perdido y modificar (y ser modificados) nuestro lazo con él. ¿No debería comenzar ese *trabajo de separación* del niño con el muerto en el momento mismo de la muerte?

En el duelo el agujero real convoca a lo simbólico, en tanto convoca al falo y se encuentra con el agujero real. *Emparentamiento*, allí, del duelo y la forclusión del Nombre del Padre. Mientras en ésta el agujero en lo simbólico convoca a lo real, en el duelo el agujero real convoca a lo simbólico, moviliza al significante siempre y cuando haya trabajo de duelo y apelación al rito social.

El duelo, por la cuestión de la privación, está emparentado a la psicosis allí donde no se cumple un trabajo de duelo y se produce un retorno del real. Porque desde ese vacío pululan las alucinaciones u otros fenómenos; avalancha de certezas que acompañan al sin sentido de fenómenos de la percepción o el pensamiento, efectuación en lo real del significante que falta, ya que la ineficacia de lo simbólico, ahora agujereado, no consigue cifrar el goce en cuestión. Puntualizará Lacan el 12 de mayo de 1967: "Eso que está rechazado en lo simbólico debe ser focalizado en el campo subjetivo en alguna parte para volver a aparecer en un nivel correlativo en lo real".

Importancia otorgada en el duelo, y en el trabajo del duelo, del recurso al rito como apelación al Otro y movilización del significante.

Pero ¿qué pasa cuando ese recurso, cuando esa apelación a lo simbólico, esa movilización significativa se ve impedida porque no hay recurso al rito? "El rito, a través

del cual damos *satisfacción a la memoria del muerto*, es la intervención pública, de todo el juego significativo" (Lacan, 1959; p. 359). Aquí Lacan coincide con Freud: el duelo normal se tramita por los senderos del *acting*: se trata de una puesta en escena (el *acting* está dirigido a Otro) al mismo tiempo que un llamado al Otro, y de un escenario con público lo cual permite enmarcar, disfrazar, velar el objeto *a*. Ese hueco en el ser que nos deja la muerte de alguien cuyo deseo causamos. Enmascararlo con el mínimo manto de cobertura agalmática en ese escenario ritualizado, públicamente legislado permite que *a* se recubra. Con ello el *duelante* muestra que es la máxima causa del objeto muerto y, en esa mostración, con ese escenario, con ese público, consigue disfrazar al objeto *a*, *enmascararlo*, cubrirlo con un último manto de cobertura agalmática. Hay necesidad de mostrar al Otro que él es único en la relación con ese objeto... pero como no sabe nada de ese objeto, toma la salida de mostrarlo, mostrar que es el único en la relación con él. En suma, mostrar su relación con el muerto y con el objeto como causa perdida vía la actuación. Recurso para recubrir y velar el objeto *a*, posibilidad del escenario para enmascarar el objeto.

Ahora bien, un duelo silencioso y anónimo, que expulsa todo saber sobre la muerte, sin rito, sin testimonio, sin testigos, sin soporte legislado por el Otro social – es decir, un *no-duelo* –, deja al deudo expuesto al retorno del objeto *a* desde el muerto hacia él, expuesto al riesgo del desenmarcamiento fantasmático o de la psicosis por el agujero creado en la existencia. Y es que, cuando la desaparición de alguien no fue acompañada de los ritos que ésta precisa, se produce el duelo "no satisfecho", "no se satisface la memoria del muerto", esto es, el duelo impedido e intransitable.

Allí dirá Lacan (1959), algo resulta fallido o elidido; o rechazado en la satisfacción a la memoria del muerto, no se cumple con él y, por tanto, intervención de los fantasmas y espectros en el vacío dejado por el defecto del rito significativo. Un muerto sin memoria

es un muerto sin memoriación, un muerto no sepultado, un muerto que ha de enrostrarnos el objeto *a* liberado como causa, y que ha de enrostrarnos ese objeto desde la voracidad superyoica.

Esto ya había sido especificado por Freud:

Todavía hoy, en muchos estratos de nuestra población, no puede morir nadie sin que se crea que fue asesinado por otro [...] Y la reacción neurótica regular ante la muerte de una persona allegada, es, también, *la autoinculpación* de que uno mismo ha causado esa muerte. (1932; p.114)

Saldo superyoico de todo duelo que deja una marca incurable en la subjetividad.

Pero ¿qué pasa cuando de lo que se trata es de la muerte de un niño? ¿cuál la incidencia en la subjetividad de aquellos que lo sobreviven, abuelos, padres, hermanos, etc.? Freud deja algunas pistas en las cartas a Fliess en relación con la muerte de su hermano Julius: "matar al hermano, mandarlo al infierno, padecer la amenaza de sufrir por retorsión la misma suerte" (1994; p. 289). Pese a todo, hay allí una figura de la culpa inconsciente, hay un semblante que permite la tramitación del duelo.

Mucho más graves consecuencias tienen aquellas muertes de hermanos ocultadas, mantenidas en silencio aún en el mito familiar, y donde el lugar que ha de ocupar el niño es el de un objeto que debe recubrir el hueco de lo real dejado por la muerte de un hermano. No hay memoria de una muerte, no hay rememoración de la muerte del rival, sólo la obligación de reencarnarlo, de velarlo (*velāre*) sin velatorio. Al respecto Marie-Magdeleine Chatel (1994; p.48) dirá:

La muerte de un prójimo es subjetivizada sea como crimen, sea como suicidio o incluso ambos. Por añadidura, cuando el ser querido es un niño

pequeño, dependiente de la responsabilidad de sus padres, muerto accidentalmente y no por otra causa [...], el accidente muestra que siempre es un accidente por negligencia de los padres. Este acto sólo puede ser tomado como un acto fallido, efecto del deseo de los padres, rechazado en tal sentido a la subjetivización por aquellos. Es imposible reconocer el asesinato del niño que tanto se ama, excepto mediante un rechazo del saber. Las patologías que resultan de esta imposibilidad testimonian este reconocimiento no sabido.

III - Decir la muerte y duelo: adultos y niños.

No hay en Freud ni en Lacan ni en Klein una “teoría” acabada del duelo, mucho menos una formulación única dada de una vez y para siempre; en ellos “el duelo” va reformulándose acorde a las modificaciones que sufre el conjunto de su corpus teórico-clínico.

Sin embargo, coinciden en que el duelo es un enigma, y el hueco irreparable que deja se tramita en las respuestas que cada uno da a ese agujero en lo real vía el fantasma.

Como dijimos antes, Philips Ariès ya demostró hace tiempo que, en la actualidad, el decir sobre la muerte y los rituales mortuorios ha variado. Hay presión por acallar el entorno del muerto: no debe desgarrar, ni alterar, debe quedar sin pena, sin sufrimiento y, por supuesto, sin significación lo cual provoca el peligro de impedir la tramitación del duelo, de tornarlo intransitable.

Todo esto se potenció con la pandemia de COVID. Las nuevas modalidades fúnebres en la pandemia, raquíticas de ritos funerarios, exacerbaron el riesgo de potenciar el duelo intransitable. En esas situaciones, ni hubo contacto con el cadáver ni "último adiós ", no hubo "despedidas". Fue escaso el tiempo entre el deceso y el entierro o

cremación de los restos. Las ceremonias fúnebres laicas o religiosas se abreviaron al máximo o no existieron y sólo se permitió un mínimo de deudos en ellas. Los medios colaboraron ocultando el sufrimiento que produjo en tantos la ausencia de velatorios y su casi impedimento de transitar el duelo. ¿Qué decir a los niños si ni los adultos tenían respuestas ante una pandemia que ponía a la humanidad toda en riesgo?

Si las ceremonias mortuorias, los ritos y la circulación de los decires sobre el muerto que se producen al instante mismo del deceso son imprescindibles para los adultos y deberían ser compartidas con los niños ¿cómo construir algo en torno a ese vacío que ha producido una muerte si la pandemia provocó la necesaria prohibición de "acercarse" o de velar al muerto?

Los decires de los adultos en torno a la muerte de un hijo, de un ser querido próximo, impactan en los niños, incluso allí donde se trata de disimular el dolor que una muerte deja. Y si bien, como dijo Freud, no hay inscripción de la propia muerte en el inconsciente, ésta es tramitada subjetivamente en la confrontación con la castración, con la falta en el Otro. No hay inscripción de la propia muerte, pero la muerte del próximo produce intimidación en la subjetividad. *Eso* que le pasa al semejante, amenaza irremediabilmente al niño. ¿Se trataría de evitarle esa amenaza? Pero la vida no es sin amenazas, de todo tipo y, entre ellas, la de la muerte ineludible.

Como dice Aberastury en *La muerte de un hermano* (1976), se pretende que el niño viva en un mundo paradisíaco, pero esa pretensión se estrella con la imposibilidad de sostener al niño como *¡su majestad el Bebé!* ajeno a frustraciones, privaciones y pérdidas. Pero no hay paraíso para los niños, su vida psíquica se constituye y construye entre amenazas, pérdidas, separaciones y reencuentros. El juego del *Fort-da* lo ejemplifica magníficamente, *fuera* es ya separación, y *dentro* es incorporación con marca de pérdida en el fantasma.

Por eso la muerte de un ser querido, y el impacto de esa muerte en sus padres y parientes cercanos, no puede ser ocultada. Aún cuando se la oculte o disimule el niño la capta y aparece la desconfianza en “la buena fe” del adulto. De una u otra manera el niño descubre que “algo” se le oculta, lo que daña en mucho la creencia en la palabra del adulto, decepción que deja las huellas de la inconsistencia del Otro, que en tal caso se agiganta.

Contrariamente a lo que pregonan algunas creencias populares o psicologías sanitaristas es preciso hacer circular el saber sobre esas muertes, *decir de ellas*, hacerle saber de ellas al niño, y poder mostrar el sufrimiento que esto produce en los adultos. Alivia a los niños compartir los relatos y rituales mortuorios de las despedidas. No debería ser excluido de esos procesos.

Si bien el saber sobre la muerte no prepara a nadie para enfrentarse con ella porque es un saber inconsciente, su decir hace posible confrontarse a la privación y propicia los modos de dar respuesta a la misma. De una u otra manera el agujero en lo real (la muerte), inasimilable en lo simbólico, deja sus marcas, y será el fantasma del niño el que irá produciendo los juegos, dibujos, cantos y las ficciones para responder a ese agujero traumático de lo real.

Precisamente, el libro de Arminda Aberastury que cito en el epígrafe (publicado en 1976 y dirigido a niños de más de 5 años y a sus padres) pretende encarar, a través de imágenes y textos, la cuestión de la muerte de los hermanitos. Ella investigó los efectos sintomáticos, inhibiciones y angustias que se producen en los niños ante la muerte de un ser querido allí donde se evita *el decir de la muerte*. Evitar hablar de la muerte, ocultarle los rituales funerarios, evitar *decir* la muerte o mentir sobre la misma, tiene consecuencias funestas porque en tal caso la palabra de los padres es más que devaluada de allí en adelante.

Como tan bien ha señalado Ana Bloj –en la revista Fort -Da– respecto a la obra de A. Aberastury:

Podemos ver a lo largo de su obra la idea de que comunicar al niño “la verdad” iba de la mano de la idea de hacer consciente un saber no sabido, por tanto, un saber no consciente. Esta comunicación conlleva de algún modo a una liberación del niño respecto del secreto familiar y apunta a la cura del síntoma. Extraña que no se hayan producido más abordajes siguiendo esta línea, sobre todo cuando es un tema sobre el cual es preciso profundizar la investigación (2017)

IV - El duelo impedido y sus efectos colaterales.

El duelo supone, como dijimos, transitar en torno al agujero de lo real, vacío por la muerte de un ser querido, allí donde el mundo inevitablemente se empobrece. La posibilidad de hacer la travesía del duelo implica acaso un intento de recomposición de ese mismo mundo el que, de una u otra manera quedará agujereado, pero será posible transitarlo reconociendo ausencias y privaciones - ¿no es eso la castración? - y acaso sublimando... a pesar de ellas. Este tránsito también implica a las infancias, a los niños, necesariamente es preciso que lo realicen.

Las *deudas/culpas* con nuestros muertos es preciso pagarlas atravesando el duelo y practicando sus concomitantes rituales para que esos cadáveres no terminen en la desolación, insepultos. Y para que el cuerpo *hablante* de los niños no quede como encriptado, mudo testimonio de los muertos no velados, carentes de *semblantes*.

De lo que tributemos a nuestros muertos depende... la calidad futura no sólo de la subjetividad de los adultos, sino también de las infancias y de la sociedad del futuro. Calidad, por lo tanto, de la *polis* que nos sea posible intentar recomponer. Tránsito por el duelo, tanto singular e íntimo como social y político. Tránsito imprescindible por la

confrontación con otros y con nosotros mismos y cuyo *resultado* es la construcción de un mundo donde el tributo y recordación de nuestros muertos esté presente.

Como dice John Donne (1624): “La muerte de cualquier humano me disminuye, porque estoy ligada a la humanidad; y por consiguiente, no preguntes por quién doblan las campanas: doblan por ti”. A lo que agrego, siempre “doblan por ti y por el Otro”.

La muerte *-cada* muerte singular y concreta- pone a la *sociedad entera*, y no solamente a los "deudos" directos - niños y adultos - ante el peligro de una *fragilización de las subjetividades y de la sociedad*, de su propio "derecho a la existencia" y no hemos de olvidar que la compleja ritualidad simbólica hace posible el intento de *recuperar la memoria* de los ausentes para que la comunidad, *cada vez* que la muerte abra en ella un vacío, pueda ser *refundada* y recomience su existencia. Este trabajo de duelo y *memoriación* de los muertos implica necesariamente a los niños, es preciso que puedan transitarlo para que sus subjetividades no quedan frágiles. Asimismo, no podemos olvidar que el futuro les pertenece para refundar convivencia y existencia. Evitarles la *memoriación* que implica el duelo supone amputarles una parte de sí, y una parte importante de lo que les permitirá sostener los lazos familiares y sociales.

Conviene recordar una frase del *El Principito* de Antoine de Saint-Exupéry (1943): “A veces tenemos que aguantar a las orugas si queremos disfrutar de las mariposas”. El paso del tiempo y el fin de los días es preciso que se inscriba en la subjetividad de cada niño, así, habrá que soportar las orugas (la muerte) para poder disfrutar de las mariposas (la vida) ... y del después.

Referencias:

Aberastury, E. (1976) *La muerte de un hermano*. Buenos Aires: Paidós.

Ariès, P. (1988) *El hombre ante la muerte*. Madrid: Taurus.

Bloj, A. (2017) *Arminda Aberatur. el niño y su derecho a saber la verdad*. Albores de la clinica psicoanalítica con niños de una pionera en la Argentina.

Recuperado en <http://www.fort-da.org/fort-da12/bloj.htm>

Lacan, J. (2010) *El Seminario, Libro X, La angustia* (1962-63), Bs. As.: Paidós.

Lacan, J. Seminario XIV. *La lógica del fantasma* (1966-67). Inédito.

Lacan, J. (2014) El Seminario, Libro VI, *El deseo y su interpretación*” (1958-59). Bs. As. Paidós.

Freud, S. (1979) Conf. 33. *La feminidad* (1932). XXII. Bs. As. Amorrortu.

Chatel, M. M. (1994) *A falta de estrago...* Litoral 17 Bs. As.: E.D.E.I.P.S.A.